

Don Quijote vence en Polonia

Correrías eslavas de un caballero manchego

Piotr SAWICKI

Uniwersytet Wrocławski
psawicki@uni.wroc.pl

Recibido: Octubre de 2005
Aceptado: Febrero de 2006

Resumen

El artículo trata de las lecturas polacas del Quijote y del impacto de la obra de Cervantes en la cultura y la vida pública de los polacos. Aduciendo varios ejemplos de la presencia del mito quijotesco en diferentes formas de expresión literaria y artística, con especial atención a los libros de viaje, el autor evidencia la vitalidad del motivo y del propio personaje, indicador de conductas individuales y colectivas en los dos últimos siglos de la historia de Polonia, hasta el momento actual.

Palabras clave: Don Quijote, mito, literatura polaca, lecturas polacas del Quijote, los "Quijotes" polacos.

Abstract

Don Quixote conquers Poland. Slavic excursions of the knight of La Mancha

The paper deals with the Polish reception of Don Quixote and the influence which the Cervantes' work exerted on culture and public life in Poland. Discussing various examples of the quixotic myth in different forms of literary and artistic expression, particularly in travel books, the author argues that topicality of this motive and popularity of Quixote itself may be treated as an index of both individual and collective behaviours in the last two centuries of Polish history, as well as today.

Key words: *Don Quixote*, myth, Polish literature, Polish reception of *Don Quixote*, Polish "Quixotes".

...y dijo que nunca había leído que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano, como Don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que se murió.

Estas palabras no las he copiado de ninguna edición reciente de la inmortal novela de Miguel de Cervantes. Las lee —en castellano— en la película de Andrzej Wajda, *Cenizas (Popioły, 1965)*, el actor Jan Nowicki, quien interpreta el personaje del capitán Wyganowski, oficial polaco de las tropas de Napoleón que invadieron España.

El filme está basado en la obra homónima (1904) de Stefan Żeromski, amargo moralista, nuestro propio *sembrador de inquietudes*, como su coetáneo Unamuno (ambos nacieron en 1864). La escena a que me refiero transcurre en un momento y lugar que podemos precisar con gran exactitud¹: madrugada del 4 de agosto de 1808, afueras de Zaragoza, campamento de la infantería polaca que se apresta a asaltar, por la puerta de Santa Engracia, la “siempre heroica” (título del capítulo del libro²) ciudad. Al final del episodio del asalto, Wyganowski, traicionado por el enlace español que debía de acompañarle al Estado Mayor francés, es encontrado por sus soldados, tendido en el suelo y agonizante. Le escupen en la cara: habían descubierto junto a él una carta en que solicitaba la dimisión. No quería seguir luchando por una causa injusta contra aquellos cuyos ideales patrióticos en el fondo de su alma compartía, pero para sus subordinados se convirtió así en un renegado, un simple cobarde que sólo quería salvar el pellejo, mientras ellos tenían que volver ese mismo día al combate, por cada calle y cada casa de la indomable ciudad.

En la novela de Żeromski este personaje, con un papel de orden más bien secundario, ni muere, ni evoca, unas horas antes, la muerte del famoso hidalgo (aquí, premonición de su propio fin, tan cercano pero tan inesperado); tampoco lee a Cervantes. Por lo tanto, la comparación entre la película y el libro deja clara la intención del director, de Andrzej Wajda: el capitán Wyganowski, al intentar oponerse a lo que los demás aceptan, de buena o mala gana, se transforma en un seguidor más del caballero manchego, un hombre inspirado por su ejemplo. Por cierto, las consecuencias de su repentina decisión serán trágicas, como era de esperar en unas circunstancias tan dramáticas. Morirá, como murió Don Quijote, pero no “sosegadamente (...) entre compasiones y lágrimas”. Al contrario: para unos, los españoles, es un invasor de su tierra, al que había que dar, presentada la menor ocasión, el justo castigo por las salvajadas cometidas por su gente; para otros, sus subordinados, será un traidor al que se le negará incluso la sepultura cristiana (los soldados dejarán su cadáver desnudo pudrirse expuesto al sol de verano).

La inclusión de una cita del *Quijote*, contrastada con lo que viene después, en la película de Wajda, director conocido por su postura desmitificadora en los debates sobre los grandes temas de la historia polaca, es, a mi parecer, una prueba más de la vitalidad del mito de Don Quijote en nuestra cultura, tradición literaria y artística, en la reflexión sobre las posturas que hemos tomado o estamos tomando hoy ante los problemas más cruciales de nuestra contemporaneidad. Y las obras de Wajda –como en su tiempo las de Żeromski, de Sienkiewicz, de Prus, y antes, las de Mickiewicz, Słowacki o Norwid– se inscriben en este continuo discurso histórico.

El capitán Wyganowski (me refiero al personaje de la película), como seguramente otras mentes lúcidas entre sus compañeros de armas que tuvieron un contacto directo con las realidades del país ibérico durante la Guerra de la Independencia, leyó *El Quijote* en español y en España. Juliusz Słowacki, el más hispanófilo de nuestros autores románticos, tras tomar clases particulares de castellano en su exilio parisiense, también se ejercitó en el dominio de esta lengua leyendo a Cervantes.

¹ Cf. PRESA (2004): 176. Véase también BĄK (2002): 13-31.

² Véase ŻEROMSKI (1996): 283-338 (“Siempre heroica”).

“Ahora ya comprendo perfectamente *Don Quijote*, ¡nada se puede igualar a *Don Quijote!*”, exclamaba en una carta a su madre fechada el 20 de octubre de 1831 (SŁOWACKI 1959: 31). En su correspondencia posterior, dirigida a los familiares y amigos, tampoco faltan reminiscencias cervantinas; el poeta habla, por ejemplo, de sus “días quijotescos” relatando algunas de sus frustraciones o aventuras (ibídem: 329). Hay huellas quijotescas (alusiones, personajes, motivos) en las obras de Adam Mickiewicz, sobre todo en nuestra epopeya nacional *Pan Tadeusz* (1834): las semejanzas del conde Horeszko –alto, flaco, despistado, siempre suspirante e imaginativo– con el caballero manchego, traspasado aquí al ambiente lituano, no producen más que un efecto cómico, pero dan testimonio del conocimiento de la obra cervantina por parte del poeta, quien pudo leerla en la primera traducción al polaco, hecha del francés por Franciszek Podoski (*Historya czyli Dzieie y przygody przedziwnego Don Quischoffa z Manchy*, 1781-1786)³.

La versión de Podoski, única en nuestra lengua hasta que apareció en 1855 otra traducción del francés, la de Walenty Zakrzewski (*Don Kiszot z Manszy*)⁴, dejó, a pesar de sus imperfecciones e infidelidades respecto al original, un impacto muy profundo en muchos de sus lectores, fascinados por las peripecias del protagonista, “tipo tristísimo” que se esfuerza y lucha sin un momento de respiro, no alcanzando nunca ni reconocimiento, ni la consecución de lo que pretendía. Son palabras de Cyprian Kamil Norwid (1821-1883)⁵, hombre de múltiples aficiones y vocaciones, original pensador, crítico de arte, traductor, último de nuestros grandes románticos y el más incomprendido por su postura idealista, ya algo anacrónica en pleno Positivismo (como se suele llamar esta época en nuestras letras). Norwid es autor de un impresionante testimonio sobre el impacto que la lectura del *Quijote* puede producir en una mente ilusionada. Se trata del largo poema titulado “Epos – nuestra. 1848” (o “Nuestra epopeya”, como traduce el título Fernando Presa⁶; en el original polaco: “Epos – nasza”), al principio del cual, dirigiéndose al Caballero cervantino, confiesa que aprendió a leer en las páginas que contaban su historia. El poeta reflexiona amargamente sobre el destino del Caballero y el suyo propio en el año 1851, fecha de creación del poema cuyo título hace también alusión, en su segunda parte (fecha “1848”), a la llamada Primavera de los Pueblos (*Wiosna Ludów*) y lo que precedió en nuestra historia local, la insurrección de Cracovia (1846), con el consiguiente exilio de los insurgentes. Se considera portavoz de sus compatriotas que de nuevo se echaron a una lucha desigual y de nuevo la volvieron a perder. Se identifica plenamente con el Caballero y esta identificación la hace extensiva en las últimas estrofas, gracias al empleo del plural –“nosotros, caballeros errantes” (“*my, kawalery błędne*”), dice (NORWID 1968: 171-174)– a todos los que se dirigen en su conducta por la búsqueda de la verdad, ya que “la verdad tan sólo nos basta / a nosotros que tras ella corremos, Quijotes / contra dragones y ponzoñas, balas y hierros”. Este emocionante final, estos versos tan familiares para el oído de cualquier polaco (“*prawda jedynie wystarczy / nam, co za prawdą gonim, Don Kichotom, / przeciw-*

³ Cf. AUGUST-ZARĘBSKA (2005).

⁴ Sobre las traducciones del *Quijote* al polaco véase SABIK (1998): 71-137 (“La obra de Cervantes en Polonia”).

⁵ Cit. según MAKOWIECKA (1984): 240-243 (“Norwid”).

⁶ Cf. PRESA (1997): 742-743 (“Nuestra epopeya. 1848”).

ko smokom, jadam, kulom, grotom!...”), versos tantas veces recordados y repetidos, de generación en generación, son mucho más que la conclusión de un “manifiesto generacional” (PRESA GONZÁLEZ 1997: 742) limitado a unas determinadas circunstancias históricas. Norwid los dirige a la humanidad entera, convocando bajo el estandarte del caballero manchego a todos los que no temen caer en ridículo acometiendo acciones parecidas a las suyas.

El autor de *Epos – nasza*, no sólo discípulo y seguidor de Don Quijote sino un “Quijote” de verdad, aunque desplazado a otro tiempo, inaugura la galería de nuestros *Quijotes* decimonónicos, vistos como tales por sí mismos o por los demás. A veces son creaciones literarias; otras, personajes auténticos. La intrigante figura de Stanisław Wokulski, protagonista de *La muñeca (Lalka, 1889)* de Bolesław Prus –escritor en continuo desacuerdo con la sociedad de su época a la que acusaba de insolidaria, poco proclive al bien común– se sitúa, como el autor mismo, entre el idealismo romántico y el racionalismo positivista. El profesor Presa ofrece al lector español un detallado análisis de su comportamiento, destacando que “su corazón es romántico y su mente, positivista” (PRESA GONZÁLEZ 1997: 760); Wokulski cae en la fascinación amorosa por una aristócrata varsovia, Izabela Łęcka, ve en ella “a un ángel y no a la mujer ignorante, engreída y egoísta que es”. Pues bien: este burgués enriquecido, al verse rechazado y, aún más, engañado por el objeto de sus aspiraciones, encuentra un alma hermana en el caballero cervantino. Repasando las páginas de *El Quijote*, libro que en su momento lo impresionó poderosamente, compara su situación con la del hombre que vivió en un mundo de sus ensueños (como él); que arremetía contra los molinos de viento (como él); que se vio descalabrado (como él); que echó a perder su vida corriendo tras un ideal femenino (como él); y que, en lugar de la princesa soñada, encontró a una sucia vaquera; de nuevo, como él. Estas dos palabras (“*jak on*”) marcan aquí el ritmo de la frase, repitiéndose hasta cinco veces cual lúgubre nota de música⁷. El autor deja inconclusa la historia del ambicioso idealista, quien –en el fragmento comentado– compara el final de la novela cervantina, en el que el Caballero recobra el sentido común, con su situación sin saber cuál será su propio fin. “¿Y yo?” (“*A ja?*”) –se pregunta.

Wokulski, hombre fuerte y emprendedor, hecho una lástima tras sufrir un desengaño amoroso, enjuiciaba a Don Quijote desde el ángulo de un amante desdichado; la nobleza de los ideales del Caballero, ideales que él mismo, durante tanto tiempo, compartía, pasaba en este estado de ánimo al segundo plano. Su quijotismo no era por eso menos auténtico, personal e íntimo que el de Norwid, el del “yo lírico” de su poema. Pobre Wokulski, ¡qué lástima que antes de fijar su mirada en la señorita Łęcka no hubiera leído a Sofía Casanova, escritora y periodista gallega que por aquellos mismos años daba a conocer al lector español sus opiniones sobre las mujeres de Varsovia: “las varsovianas son tenidas en toda Polonia por frívolas. Se las moteja de amor al lujo, de pasión por las diversiones...”, etc. (CASANOVA 1903:

⁷ En polaco: “Przypomnił sobie tę dziwną historię człowieka, przez kilkanaście lat żyjącego w sferze poezji – tak **jak on**, który rzucał się na wiatraki – **jak on**, był zdruzgotany – **jak on**, który zmarnował życie uganiając się za ideałem kobiety – **jak on**, i zamiast królowny znalazł brudną dziewczę od krów – **znowu jak on!**...” (PRUS 1972: 375-376). Los subrayados son míos.

36). Debería de enamorarse de otra clase de mujer, ya que –continúa la autora de *Más que amor*– “en Polonia hay doctoras, farmacéuticas, botánicas, agrónomas, literatas (...) que, respetadas por todo el mundo, contribuyen poderosísimamente al progreso moral y material de su patria” (ibídem: 36-37). Pero entonces, claro está, el público lector polaco hubiera sido privado de la mejor novela realista de la época y sus admiradores, de la posibilidad de compartir los sentimientos de su entrañable protagonista.

La antes mencionada esposa de Wincenty Lutosławski, perspicaz observadora y comentarista de nuestra vida social, cultural y literaria, dejó unos incomparables retratos de algunos de sus representantes más destacados, entre ellos del poeta e hispanista Julian Adolf Świącicki, traductor de varias obras de teatro español clásico, autor del extenso estudio introductorio a la nueva edición de *El Quijote*, en la versión de Zakrzewski, adornada con ilustraciones de Gustave Doré (1899). Empieza diciendo que este “entusiasta de nuestro pueblo (...) quizá en fuerza de estudiarlo ha llegado a asimilarse inconscientemente algo característico de nuestra raza. (...) habla de prisa, con vehemencia, a gritos a veces, y al narrar *cosas de España* el fuego de nuestra desbordante fantasía brilla en sus ojos”. Prosiguiendo la característica, concluye: “La cabeza cana, el rostro avellanado, el cuerpo anguloso y enjuto, hácenle parecido a D. Quijote, aprestado a reñir singular combate” (ibídem: 37-38).

Norwid, Wokulski, Świącicki, unidos por su semejanza espiritual y a veces, incluso, física, con el hidalgo manchego, son tan sólo ejemplos representativos de este aura de admiración que durante todo el siglo XIX y buena parte del XX extendía entre los polacos la obra cervantina y su protagonista. Muchos autores de la época dejaron un testimonio patente de ello. El literato e incansable viajero Teodor Tripplin (1813-1881), nuestro mayor hispanófilo romántico, de cuyas memorias de viajes por Europa hasta tres tomos están dedicados a España, las primeras nociones sobre este país “radiante y soleado” –como lo llama– las había obtenido de sus lecturas juveniles, con *El Quijote* a la cabeza; el caballero manchego, El Cid y Almanzor le hicieron soñar con descubrir un día el país ibérico⁸. La misma confesión la hace, a orillas del Guadiana, antes de cruzar la frontera hispano-portuguesa, el portavoz literario de Tripplin, protagonista de su novela *Pan Zygmunt w Hiszpanii*⁹, y ambientada en la primera guerra carlista, libro de complicada intriga sentimental con evidentes connotaciones cervantinas. Tripplin aprendió el castellano ya en su adolescencia, en Pińczów, a orillas del Nida: tan fuerte era su deseo de conocer los “jardines hespéricos” de la “caballescra España”, a la que siempre consideraba su “patria espiritual”, como lo expresa en una emotiva exclamación con la que abre las páginas españolas de sus mencionadas memorias. Muy parecido era el caso del filósofo Wincenty Lutosławski, quien, tras haber leído en su niñez *El Quijote*, sintió una singular simpatía hacia los españoles y quiso conocerlos de cerca¹⁰, lo que motivó su viaje a España en 1886, durante el cual el capricho del destino puso en su camino a la joven poetisa Sofia Casanova con la que iba a casarse

⁸ Cf. TRIPPLIN (1844-1853): 9 y siguientes. Texto reproducido parcialmente en SAWICKI (1996): 11-53. Sobre Tripplin véase también SAWICKI (1995): 55-57.

⁹ Véase TRIPPLIN (1852): I. 17.

¹⁰ Véase LUTOSŁAWSKI (1909): 23.

poco después, volviendo luego varias veces a la Península Ibérica para largas temporadas. Otro ejemplo de la fascinación de los polacos por España, debida en gran parte a la lectura de las aventuras del caballero manchego, lo constituye Artur Rubinstein. El famoso músico y pianista confiesa en sus memorias: “Hombre que abrió mi corazón a las increíbles maravillas de España (...) fue Cervantes y aquello sucedió cuando conseguí dominar el español en el grado que me permitía leer *El Quijote* en la incomparable lengua del original” (RUBINSTEIN 1986: 530).

El gran romanista Stanisław Wędkiewicz, en su extenso informe sobre el hispanismo polaco publicado en 1928 (“Zaniedbana dziedzina humanistyki”), tras repasar la lista de nuestros escritores influidos por la obra cervantina concluye: “Después de todo, ¿quién no habría leído la obra maestra cervantina?” (WĘDKIEWICZ 1928: 305). Luego, da un ejemplo “de última hora”: el de Emil Zegadłowicz (1888-1941), de cuya extensa producción literaria que cabe situar entre la llamada Polonia Joven (*Młoda Polska*) y las corrientes expresionistas, destaca el ciclo novelesco *Vida de Nicolás Argentífero* (*Żywot Mikołaja Srebrmpisanego*, 1927-1935). Pues el primer libro que su protagonista había leído era, precisamente, *El Quijote*: “¡qué libro tan maravilloso! ¡Feliz aquel domingo que, extendiéndose, le abría el camino!”, etc. La narración prosigue, en un tono de altisonancia encendida¹¹. Las sugestivas imágenes de la novela, cristalizadas en la imaginación de un jovencito, causan un gran impacto en su alma, lo orientan, señalan la ruta a seguir. El olvidado hoy ciclo narrativo de Zegadłowicz –aunque su quinta parte, *Pesadillas* (*Zmory*) ha sido llevada al cine con gran éxito por Wojciech Marczewski– es una convincente prueba de que las “correrías”, siempre triunfantes, del caballero manchego por nuestras letras y la mente de los lectores, tienen su continuación también en pleno siglo XX. Y no es la última, por supuesto.

Volvamos, sin embargo, una vez más, al siglo anterior. A la luz de mis propias lecturas –sobre todo las de los libros de viaje– me permitiría afirmar que el protagonista cervantino iba convirtiéndose poco a poco en la imaginación colectiva de los polacos en una especie de antídoto contra la figura, tan arraigada en Polonia desde el siglo XVI y los primeros brotes de la leyenda negra, del feroz y ávido conquistador español. Don Quijote, hombre bueno y justo, aunque despistado y engañado, se nos hacía cada vez más próximo y familiar, era un alma gemela a la nuestra; nos fascinaba, inspiraba y ennoblecía nuestros propios impulsos, igualmente idealistas o por lo menos idealizados gracias al ejemplo de su propia postura y conducta que queríamos imitar, sea en el plano individual, sea en el de las acciones colectivas. En suma, desterraba de nuestra mentalidad el estereotipo anterior, sustituyéndolo por un modelo, o incluso arquetipo, nuevo: el de un español noble y desinteresado, dispuesto a heroicos arrebatos y desiguales combates en defensa de la verdad y de los perjudicados. Su figura correspondía con el ambiente general de la época –pienso en el siglo XIX–, con el estado de ánimo de los polacos que vivían en la atmósfera de patrióticas exaltaciones, ilusiones y frustraciones (por cierto, justo es recordar que la actitud positivista hacia Don Quijote será más matizada, con notas de criticismo referente a lo que su carácter conservó de vicios nacionales españoles: holgazanería,

¹¹ Véase ZEGADŁOWICZ (1928): 66 y siguientes.

presunción, soberbia, opuestos por algunos publicistas a las cualidades del alma anglosajona, encarnadas en Robinson Crusoe: laboriosidad, perseverancia, espíritu emprendedor)¹². Pero, por lo general, el ejemplo del Caballero y el impacto de la propia obra cervantina en varias generaciones de los polacos, nos hicieron abrimos a España y a los españoles, mirarles con buenos ojos, eliminando cualquier nota de aversión u hostilidad, huellas de actitudes ya trasnochadas, dominantes en la época de la Ilustración, tan malévola hacia el país ibérico.

Toda nuestra literatura viajera surgida tras las expediciones románticas, tras los viajes científicos, artísticos y los motivados por afición o simple curiosidad, a la Península Ibérica, da testimonio de aquella creciente, luego ya constante e impermutable simpatía. A los españoles se les mira no sólo como a compatriotas del caballero manchego, sino –muchas veces– como a sus descendientes, o vivos retratos de sus rasgos físicos, figura, modo de comportarse. El historiador Adolf Pawiński, en su libro *España. Cartas de viaje (Hiszpania. Listy z podróży, 1881)*, el estudio más completo sobre el país, su cultura y vida intelectual publicado en el siglo XIX en Polonia¹³, cuenta cómo en Burgos el ayudante del carretero, que dormitando esperaba la diligencia retrasada en el interior de su ómnibus, lo despierta con estas solemnes palabras: “¡Hidalgo, levántese usted!” (las cita en castellano); el tono de su voz indicaba –para el viajero– la aparición de algún caballero, digno espécimen de la raza de auténticos hidalgos de Castilla. La tensión sigue en aumento, el personaje tarda en aparecer, por fin baja... resultando ser un simple cochero. “Un solo momento –concluye Pawiński– contribuyó mejor a que entendiera a Cervantes que (...) comentarios más eruditos” (PAWIŃSKI 1881: I. 35-36). Otro visitante ilustre, Henryk Sienkiewicz, admirador del castellano –según él, “lengua más bella del mundo, en la que cada palabra suena como si fuera de plata”¹⁴–, dejó tras su viaje de tres semanas a España, realizado en 1888, unas interesantísimas cartas y el reportaje titulado “Una corrida de toros”, en el cual compara a los picadores, hombres flacos y huesudos, con el protagonista cervantino, tal como lo retrata en sus ilustraciones Gustave Doré. “Cualquiera de estos jinetes –dice– podría servir de modelo para el caballero «de la triste figura»”. Y prosigue: “Esta flaca silueta que se dibuja (...) en el azul del cielo, (...) y aquel caballo claro y huesudo (...), esta imagen gótica pura de los seres vivos, responde a la idea que tenemos del caballero de La Mancha al leer la obra inmortal de Cervantes”¹⁵.

Ejemplos parecidos se podrían multiplicar, porque cualquier viaje por España nos servía de oportunidad idónea para evocar a Cervantes y a Don Quijote. Józef Czapski, conocido pintor y ensayista, visitó España en 1930 publicando luego unas impresionistas “Notas de viaje”, breves pinceladas en que no faltan reminiscencias cervantinas. En Arenas de San Pedro atrae su atención, entre muchos tipos masculinos –feísimos, a su parecer, en contraste con adorable fisonomía de las mujeres– un pastor de rostro increíblemente enjuto, tostado por el sol y la cabeza cubierta con un

¹² Cf. SABIK (1998): 105-106.

¹³ Cf. SAWICKI (1995): 82-84.

¹⁴ “(...) najpiękniejszy na świecie język, w którym każde słowo dźwięczy jak srebro (...), męska, szlachetna a śpiewna mowa, która tak łatwo czepia się pamięci, jak magnez żelaza” (SIENKIEWICZ 1950a: 233-234).

¹⁵ Cit. según MATYJASZCZYK (2001): 95-96. Cf. SIENKIEWICZ (1950b): 213-235.

enorme sombrero negro; aquel aldeano le parece “un vivo Don Quijote, tal como lo había imaginado (Honoré) Daumier” (CZAPSKI 1930: 52).

Mencionemos de paso que la recepción polaca de Cervantes tuvo también su faceta pictórica, con cuadros o bocetos de tales artistas como Jacek Malczewski (bello *Autorretrato en armadura*, símbolo de comunión de ideales con el Caballero), Władysław Jahl (series de dibujos dedicados al hidalgo manchego, fruto de su larga estancia en España) y Zygmunt Waliszewski, “Zyga”, tildado a veces de *Quijote* por sus amigos, ya que solía expresar públicamente su identificación espiritual con el protagonista cervantino. Su biógrafo Jerzy Wolff dice que se lo podría llamar, “por sus proyectos, rayantes casi en la locura, Don Quijote del arte”¹⁶. Poco antes de que la muerte pusiera fin a su corta e intensa vida (1897-1936), en 1934, pintó una aguada sobre papel, *Don Quijote a caballo*, merecedora, por su expresividad y profundo mensaje humano, de un examen detallado, imposible en este lugar. Destaquemos por lo menos algunos elementos significativos del juego de colores empleado por el pintor: los grises del alargado perfil del Caballero contrastan aquí visiblemente con la tonalidad cálida de la figura sonriente y bonachona, esbozada en rojo y amarillo, del Escudero, complemento natural e imprescindible de la gravedad ascética del primero; ambos constituyen no sólo una pareja inseparable sino dos facetas, la inspirada y la material, de la naturaleza humana, del ser humano completo. La filosofía que se oculta tras este cuadro parece ser algo nuevo en nuestra percepción del universal mito cervantino, limitada casi siempre al idealismo del Caballero con menosprecio u olvido de su fiel y pragmático servidor.

En este repaso panorámico, aunque necesariamente selectivo, de las “correrías eslavas” del caballero manchego –que tantas veces cobran forma en las andanzas de los propios eslavos (aquí, los polacos) por su tierra de origen, en búsqueda de las huellas cervantinas en tipos humanos, arte, incluso paisaje–, algunos relatos de los viajeros tan sólo se pueden señalar y enjuiciar someramente, aunque merecerían más atención. Mencionemos entre ellos, en primer lugar, el fascinante libro de Marek (Mordejai) Ehrenpreis, escritor, militante sionista y rabino de origen polaco, *Un país entre Oriente y Occidente* (1927), traducido en su tiempo a varias lenguas (entre ellas, el alemán y el francés)¹⁷. Su autor destaca el dualismo del alma hispana que, uniendo los rasgos de Don Quijote y los de su escudero desea, *a lo oriental*, elevarse hacia el cielo, pero es detenido por la naturaleza de Sancho Panza, *occidental* al máximo. Según él, cada español guarda dentro estos dos personajes: hace su vida ya en la catedral, ya en la plaza de toros; o ayuna, o satisface sus instintos. El *quijotismo* sería la religión propia de los españoles y *El Quijote*, su Sagrada Escritura. Este viajero judeopolaco, sucesor de una raza oriental que durante siglos habitaba en el Occidente europeo, se siente en España como en su propio hogar, la llama su “patria espiritual” y, por supuesto, se reconoce a sí mismo en las páginas inmortales de la obra cervantina¹⁸.

¹⁶ Cit.según MAZUREK (1994): 18. El artículo va acompañado de la reproducción del cuadro de Waliszewski.

¹⁷ Véase EHRENPREIS (1928): *Das Land zwischen Orient und Okzident. Spanische Reise eines Juden* (Welt-Verlag, Berlin) y EHRENPREIS (1930): *Le pays entre Orient et Occident. Voyage d'un Juif en Espagne* (Les Éditions Rider, Paris). Uno de los capítulos apareció últimamente en la versión castellana, hecha sobre la base del polaco (PRESA 2003: 213-224).

¹⁸ Véase EHRENPREIS (1930): 256-265. Cf. también AUGUST-ZARĘBSKA (2003): 91-101.

Igual de entusiasta hacia *El Quijote* se nos muestra la escritora Aurelia Wyleżyńska, que recogió su epistolario español, producto de un viaje realizado en 1930, en el libro *Con tu alma al hombro (Z duszą Twoją na ramieniu, 1933)*. Durante la travesía de la curiosa viajera por el país ibérico, la novela de Cervantes le sirve de libro de cabecera; la muerte del Caballero, tras haber renegado de su locura, una muerte “heroica, al modo español y, al modo español, cruel”, continuamente recordada, la dejaba abrumada y confundida, hubiera preferido una solución más acorde con el mensaje del libro (WYLEŻYŃSKA 1933: 183-184).

En los años treinta del último siglo ya disponíamos de una versión integral de *El Quijote*, traducida directamente del original por el polifacético romanista Edward Boyé y publicada bajo el título *Przedziwny hidalgo Don Kichot z Manczy*, primero en forma de fascículos (1932), luego como libro, en cuatro volúmenes (1937-1938). Existían, además, varias adaptaciones dirigidas tanto a los adultos como al público infantil. El camino de los lectores hacia el encuentro con el caballero manchego pudo ser diferente pero lo que no deja lugar a dudas es que todos lo conocieron, directa o indirectamente; era ya un símbolo bien enraizado en nuestra conciencia colectiva.

Lo podemos afirmar a la luz de la producción literaria, sobre todo en la poesía y en el periodismo, del tiempo de la guerra civil. Varios de los protagonistas del conflicto español cuyos ecos se hicieron entender pronto en nuestra prensa y literatura del frente, fueron tildados enseguida de *Quijotes*, desde Bonaventura Durruti (“discípulo de Bakunin, hijo de la Barcelona proletaria, Don Quijote que no aceptó ninguna tiranía, ni la suya propia” –palabras de Ksawery Pruszyński¹⁹–) hasta... uno de los líderes comunistas polacos, agente de Stalin en las Brigadas, “Rwał” (Gustaw Reicher), un “Don Quijote polaco deseoso de apoderarse de los molinos en todos los países”, como lo elogia Jan Wyka (1984: 128-129). Tanto él como otros interbrigadistas polacos dedicaban sus poemas al caballero manchego, hoy durmiente, pidiendo que despertara y se uniera a una lucha justa. “Baja del zócalo a las trincheras, ¿acaso no oyes los gritos del pueblo?”, exhorta Zofia Szleyen²⁰ haciendo alusión al conocido monumento de la Plaza de España, objeto de inspiración de más de un autor en aquellos años²¹. Por otro lado, en la prensa satírica de Polonia aparecen tanto los dibujos como poemas alusivos al inmortal personaje; en “Balada sobre Don Quijote” de Władysław Szlengel el Caballero responde al llamamiento del general Franco, dispuesto a dar su vida por la Patria, pero al ver los aviones y tanques alemanes, al moro que exclama “Por la libertad y la grandeza de España”, a la vez que estrangula a un español, vuelve a su descanso de ultratumba murmurando “otra vez se han burlado de mí / otra vez me toman por loco”²². Los voluntarios polacos de las Brigadas –y no eran menos de cinco mil, de los cuales unos tres mil encontraron su

¹⁹ Véase el fragmento del libro de PRUSZYŃSKI, colección de reportajes sobre la España republicana (*W czerwonej Hiszpanii*, 1937), dedicado al líder anarquista (PRUSZYŃSKI 1985: 122-124).

²⁰ “Don Kichocie, zrzuć kolczugę / Madryt dzisiaj czeka cudu, / zejdź z cokołu do okopów / czyż nie słyszysz krzyków ludu?”. Cit. según BEDNARCZUK (2005): 131.

²¹ Cf., por ej., los párrafos finales de *Valor y miedo* (BAREA 1938: 110).

²² “Don Kichot głowę pochylił / i wrócił po spokój w zaświatach / - znów sobie ze mnie zakpili / znów ze mnie robią wariata...”. Cit. según BEDNARCZUK (2004): 120.

reposo eterno en las tierras de España— se consideraban, como un grupo unido por unos ideales comunes, los “Quijotes de hoy” y así los presenta, en una novela publicada cuarenta años más tarde, *Esperanza* (título original en español), Stanisław Ryszard Dobrowolski. No se trata de un texto de gran calidad artística, pero lo que en este libro parece especialmente destacable es la contextualización romántica de los ensueños de los interbrigadistas, que luchan por la libertad de los pueblos como Don Quijote, y del famoso poema de Norwid, citado aquí en extensos fragmentos, con el comentario de uno de los personajes, Antoni, quien recuerda las estrofas aprendidas de memoria en la escuela, frente al monumento madrileño del hidalgo, repitiendo que incluso si pierden, él y sus compañeros, la lucha, no será más que una batalla perdida, la primera de muchas otras que vendrán; “hay que seguir, y punto” (DOBROWOLSKI 1976: 86-87).

Después de 1945 dos romanistas, el matrimonio Anna Ludwika y Zygmunt Czerny, se dedicaron a verter de nuevo del castellano al polaco la historia del caballero manchego; el proyecto finalizó con la edición del libro, titulado *Przemysłny szlachcic Don Kichote z Manczy*, en 1955. Se trata de la versión más completa y fiel al original, que supera notablemente a las anteriores pero no es un trabajo brillante ni perfecto en cuanto a los matices semánticos y estilísticos. Con razón afirma pues Kazimierz Sabik, el cervantista más erudito de nuestro país: “Una vez más, la obra maestra de Cervantes ha resultado intraducible, porque así tiene que ser. Los extranjeros sólo podemos tratar humildemente de aproximarnos a su inmensa riqueza, unos más, otros menos. Queda, como siempre, la lectura gozosa del original” (SABIK 1998: 134).

Pero, ¿cuántos —cuántos polacos— la leyeron en el original? Seguramente muchos, desde Słowacki hasta Rubinstein, pero tal vez no todos quienes afirman que lo habían hecho. En la Polonia soviética de la posguerra, durante el régimen estalinista, ni había hispanistas, ni hispanismo universitario, ni posibilidad de aprender el castellano en la escuela o los cursos de lenguas extranjeras. En esta época del *socialismo real* sí que hemos dado un salto muy *real*... hacia atrás, perdiendo cualquier contacto directo con la cultura y la lengua españolas. Aparecían traducciones, de obras clásicas y autores considerados “progresistas” o “antifascistas”, los teatros tenían en su repertorio dramas de Lope de Vega y de García Lorca, profusamente traducido y editado, pero poco más hubo, hasta bien entrados los años sesenta²³. Para los viajes de España, y los primeros Departamentos de Español en las universidades, había que esperar una década más, prácticamente hasta el fin de la dictadura de Franco.

En la España franquista la situación era aún peor (en cuanto al interés por las culturas eslavas y la posibilidad de satisfacerlo, por supuesto). La profesora Gabriela Makowiecka (1906-2002), fundadora del primer seminario de Eslavística en la Universidad Complutense, escribe en sus memorias, llevadas a la publicación en 1992 con el título *Wracając do lat hiszpańskich (Volviendo a los años españoles)*: “Recuerdo que la sola palabra «eslavos» era en aquella España oficial equivalente a

²³ El tema de la recepción de la literatura española durante nuestra posguerra está tratado ampliamente en SAWICKI (1992): 333-348.

«comunistas», y aquéllos eran más que ovejas negras del régimen franquista” (MAKOWIECKA 1992: 158). Valga su testimonio para explicar el porqué de la laguna de unos cuarenta años en los contactos mutuos entre ambos pueblos, ambas lenguas, ambas culturas: la de Słowacki y Norwid, fervientes hispanófilos, y la de Cervantes y su inmortal Caballero, guía espiritual de tantos polacos en tiempos anteriores. ¿Tan sólo anteriores? Dejemos por un momento abierto este interrogante.

Gabriela Makowiecka encerró en su libro citado un montón de temas referentes a las *cosas de España* que fue conociendo y comentando, año tras año, a la manera de aquellos “curiosos impertinentes” ilustrados, racionalistas poco aptos a las emociones pero atentos a cualquier matiz de la realidad que descubrían. De temperamento más bien positivista que romántico, se deja, sin embargo, hipnotizar por el “oculto magnetismo” del monótono paisaje de La Mancha que visita acompañada por su marido, recorriendo la azoriniana “ruta de Don Quijote”, donde cada lugar y cada pueblo tantas asociaciones histórico-literarias le inspira. El capítulo “Bajo el signo de Don Quijote”²⁴ ocupa sólo un par de páginas; los apuntes de viaje tras las huellas del Caballero de otra autora polaca contemporánea, brillante novelista y ensayista Maria Kuncewiczowa, un libro entero, titulado *Don Quijote y las ayas* (*Don Kichot i niańki*, 1965). Libro singular en nuestra hispanofilia y bibliografía cervantina, merecedor de un estudio aparte; lírica expresión de la fascinación, teñida de cierto temor y recelo, que su autora sintió ante el arte español y los tópicos del españolismo desde su más tierna infancia, cuando tuvo el primer contacto con la visión pictórica del universo cervantino debida a Gustave Doré, repasando las páginas del libro por él ilustrado (KUNCEWICZOWA 1976: 5-7)²⁵. Esta imborrable impresión que le causó entonces la figura del Caballero había motivado su viaje, emprendido medio siglo más tarde, en 1961, desde Nueva York donde vivía exiliada, para conocer el trasfondo de sus aventuras, “respirar el aire que Cervantes insufló en sus pulmones”; llegar, en su búsqueda, a todas partes que el escritor haya podido conocer. Contándonos, paso a paso, su experiencia viajera, la escritora constata ante las estatuas ecuestres de la madrileña Plaza de España: “es un monumento al hombre mismo. Uno en dos personas, hombre español, *hombre a secas*” (ibídem: 241)²⁶.

Makowiecka, establecida en España desde los años cuarenta, y Kuncewiczowa, viajera privilegiada dado su lugar de residencia, son, en el período de nuestra posguerra, testigos un tanto excepcionales de la permanencia del interés de los polacos por el caballero cervantino. A la cita con el hidalgo manchego en Polonia, la Polonia del rechazo del régimen de Franco y, en consecuencia, de cualquier contacto directo con el país que gobernaba, pudieron acudir, en primer lugar, los poetas. No es éste mi tema, señalaré pues tan sólo una muestra que va a contracorriente de las interpretaciones anteriores. El autor de “Don Kiszot” (1956), Stanisław Grochowiak (1934-1976), fue conocido por su antiesteticismo, inclinación a lo grotesco y paró-

²⁴ Véase MAKOWIECKA (1992): 94-99 (“Pod znakiem Don Kichota: zboże, oliwa i wino”).

²⁵ Era, como se puede suponer, la mencionada edición polaca de 1899, con el prólogo de Świącicki, o su reedición del año 1913.

²⁶ Las dos últimas palabras aparecen en castellano. El capítulo cerrado con esta cita (“Madrid”) fue incluido en la antología mencionada de PRESA (2003): 257-315.

dico; a la heroicidad oponía una postura que él llamaba *miserabilismo*: interés por los humildes, pobres, maltratados, lo bajo y feo como componente de la vida y de la condición humana. Los dos protagonistas del poema, el espiritual Don Quijote y el materialista Sancho, son constantemente contrastados y contrapuestos, hasta el momento en que el hidalgo muere (“Klap!”..., onomatopeya que equivaldría a algo como “¡plaf!” en castellano) y el escudero se queda, bien apegado a la tierra, engendrando una numerosa prole que poblará la tierra. El autoirónico final no deja lugar a dudas en cuanto a quién prevalecerá; los descendientes del escudero se dedicarán a cualquier empleo, por lo que al poeta no le queda más remedio que considerarse “nieta de Sancho Panza” y aceptar que en la pescadería envuelvan los arenques en papel en que fue imprimida su poesía lírica...²⁷.

¿Significaría realmente esto que a los polacos de hoy ya sólo nos queda una postura materialista u oportunista, el omnímodo conformismo, una vida sin ideales, ya que estos fueron enterrados junto a aquel que los proclamaba (“Corona en el ataúd. Luz de candela hasta el cielo”, puntualiza el poeta)? No habría que precipitarse con la respuesta afirmativa. Entre la aparición del citado poema de Grochowiak y el momento en que nos encontramos, ha pasado casi medio siglo y muchas cosas han ocurrido, también en la vida colectiva de los polacos. El cambio de régimen, el traspaso de poder a unas élites nuevas, procedentes de círculos opositoristas; toda la transformación política, social y económica que esto conllevaba, sirvieron de cantera para la aparición de muchos idealistas y de muchos ilusionados. Unos, más realistas y racionalistas, con los proyectos que consiguieron llevar a cabo (caso de Adam Michnik y su *Gazeta Wyborcza*, primer diario independiente en nuestra zona de Europa, hoy principal órgano de opinión en Polonia); otros, ilusionados con unos proyectos que rayaron en la locura, fanáticos perseguidores de los reales o supuestos “colaboradores secretos” de los servicios de seguridad del régimen anterior (no cito nombres para no hacerles aquí propaganda; además, los polacos sabemos de quiénes se trata y, en los debates públicos recientes, hay una división de opiniones muy acentuada en cuanto a este tipo de actividades e iniciativas).

¿Cómo enjuiciar, desde la perspectiva de hoy, la del mensaje universal del *Quijote* y de la herencia cervantina en la mentalidad del hombre contemporáneo, fenómenos parecidos? ¿Podría hablarse, tal vez, de un Quijote *redivivus* entre los polacos, en su doble faceta: la de un hombre noble y justo, Don Quijote el Bueno, paradigma del idealismo desinteresado y la del Caballero de la Locura, peligroso por su fanatismo y ceguera ante los efectos de las acciones emprendidas? Creo que sí y que, en ambos casos, ambas versiones o encarnaciones, el inmortal Caballero vence hoy en Polonia, tanto si se lo menciona por su nombre propio en diversas entrevistas o artículos, como si se lo deja de mencionar²⁸. La esencia del mensaje cervantino queda viva y las etiquetas... éstas, poco nos deberían importar.

²⁷ “I nawet w sklepie obwiną ci śledzie / W moje liryki – wnuka Sancho Panzy”. Véase BADOWSKA (2004):138.

²⁸ Ejemplos, sacados de la prensa diaria y las emisiones televisivas o radiofónicas de los últimos meses, no nos faltarian; recopilados y ordenados, podrían fomentar otro ensayo de tema cervantino, dedicado esta vez al quijotismo como pauta de conducta en nuestra vida pública actual.

Referencias bibliográficas

- AUGUST-ZAREBSKA, A. (2005): "Siguiendo las huellas de *El Quijote* en las letras polacas", *Mundo Esloveno* (Granada), 4, pp. 55-68.
- AUGUST-ZAREBSKA, A. (2003): "La herencia oriental y occidental en España a los ojos del rabino judeo-polaco Mordejai Ehrenpreis", *Estudios Hispánicos* (Wrocław), XI, pp. 91-101.
- BADOWSKA, A. (2004): "Wędrówka motywu Don Kichota z Manczy przez dzieła literatury i sztuki różnych epok", *Dolnośląskie ścieżki* (Wrocław), núm. 7, pp. 131-139.
- BAREA, A. (1938): *Valor y miedo*, Publicacions Antifeixistes de Catalunya, Barcelona.
- BAK, G. (2002): "El asedio de Zaragoza (1808-1809) a los ojos de los soldados polacos", *Eslavística Complutense*, 2, pp. 23-31.
- BĘDNARCZUK, M. (2005): *Obraz hiszpańskiej wojny domowej lat 1936-1939 w literaturze polskiej*, Lublin, Uniwersytet Marii Curie-Skłodowskiej [tesis doctoral inédita].
- BĘDNARCZUK, M. (2004): "Wojna domowa w Hiszpanii 1936-1939 w krzywym zwierciadle polskich czasopism humorystycznych i satyrycznych", *Annales Universitatis Mariae Curie-Skłodowska* (Lublin), Sectio FF, vol. XXII, pp. 117-132.
- CASANOVA, S. (1903): *Sobre el Volga helado. Narración de viajes*, Regino Velasco Imp., Madrid.
- CZAPSKI, J. (1930): "Kartki z podróży. Hiszpania", *Pamiętnik Warszawski*, núm. 9, pp. 33-63.
- DOBROWOLSKI, S. R. (1976): *Esperanza*, Książka i Wiedza, Warszawa.
- EHRENPREIS, M. (1930): *Kraj między Wschodem a Zachodem. Podróż Żyda po Hiszpanii* (tít. original: *Landet mellam Öster och Väster*), Wydawnictwo Księgarni Marjana Hasklera, Stanisławów-Warszawa.
- KUNCEWICZOWA, M. (1967): *Don Kichote i nianki*, Instytut Wydawniczy Pax, Warszawa.
- LUTOSŁAWSKI, W. (1909): *Jak tanio podróżować? I. Wędrówki iberyjskie*, Druk E. Nicz i S-ka, Warszawa.
- MAKOWIECKA, G. (1992): *Wracając do lat hiszpańskich*, Wydawnictwo "WarSawa", Warszawa.
- MAKOWIECKA, G. (1984): *Po drogach polsko-hiszpańskich*, Wydawnictwo Literackie, Kraków-Wrocław.
- MATYJASZCZYK GREENDA, A., PRESA GONZÁLEZ, F. (eds.) (2001): *Viajeros polacos en España (a caballo de los siglos XIX y XX)*, Huerga & Fierro editores, Madrid.
- MAZUREK, A., (1994): "Don Kichot Zygmunta Waliszewskiego. Glosa plastyczna", *Warsztaty Polonistyczne* (Wrocław), núm. 3 (10), pp. 131-139.
- NORWID, C. (1968): *Pisma wybrane*, Państwowy Instytut Wydawniczy, Warszawa, t. I.
- PAWIŃSKI, A. (1881): *Hiszpania. Listy z podróży...*, Gebethner i Wolff, Warszawa, t. I-II.
- PRESA GONZÁLEZ, F. (coord.) (1997): *Historia de las literaturas eslavas*, Eds. Cátedra, Madrid.
- PRESA GONZÁLEZ, F., BAK, G. et altri (ed. y trad.) (2004): *Soldados polacos en España durante la Guerra de la Independencia Española*, Huerga & Fierro editores, Madrid.
- PRESA GONZÁLEZ, F., MATYJASZCZYK GREENDA, A. (ed. y trad.) (2003): *Madrid a los ojos de los viajeros polacos. Un siglo de estampas literarias de la Villa y Corte (1850-1961)*, Huerga & Fierro editores, Madrid.
- PRUS, B. (1972): *Lalka. Powieść*, Państwowy Instytut Wydawniczy, Warszawa.

- PRUSZYŃSKI, K. (1985): *W czerwonej Hiszpanii*, Niezależna Oficyna Wydawnicza, Warszawa.
- RUBINSTEIN, A. (1986): *Moje młode lata* (tit. original: *My Young Years*), Wydawnictwo Literackie, Kraków.
- SABIK, K. (1998): *Entre misticismo y realismo. Estudios sobre la recepción de la literatura española en Polonia*, Cátedra de Estudios Ibéricos, Universidad de Varsovia, Varsovia.
- SAWICKI, P. (ed.) (1996): *Hiszpania malowniczo-historyczna. Zapirenejskie wędrówki Polaków w latach 1838-1930*, Wydawnictwo Uniwersytetu Wrocławskiego, Wrocław.
- SAWICKI, P. (1995): *Polacy a Hiszpanie. Ludzie, podróże, opinie / Los polacos y los españoles. Hombres, viajes, ideas (Estudios Hispánicos, III)*, Wydawnictwo Uniwersytetu Wrocławskiego, Wrocław.
- SAWICKI, P. (1992): "La ilustre desconocida. Traducciones polacas de la literatura española", *Estudios Hispánicos* (Wrocław), II, pp. 333-348.
- SIENKIEWICZ, H. (1950a): *Dziela*, t. XLI (*Listy z podróży do Ameryki*), Państwowy Instytut Wydawniczy, Warszawa.
- SIENKIEWICZ, H. (1950b): *Dziela*, t. XLIV (*Listy z podróży i wycieczek*), Państwowy Instytut Wydawniczy, Warszawa.
- SŁOWACKI, J. (1959): *Dziela*, t. XIII (*Listy do matki*), Ossolineum, Wrocław.
- TRIPPLIN, T. (1952): *Pan Zygmunt w Hiszpanii. Powieść prawdziwa, w 4ch tomach, z ostatniej wojny hiszpańskiej*, W Drukarni Józefa Ungera, Warszawa, t. I-IV.
- TRIPPLIN, T. (1844-1853): *Wspomnienia z podróży po Danii, Norwegii, Anglii, Portugalii, Hiszpanii i Państwie Marokańskim przez Dra...*, W Drukarni "Gazety Codziennej", Warszawa, t. VI (*Hiszpania*), t. VII (*Hiszpania*), t. IX (*Hiszpania i Francja*).
- WĘDKIEWICZ, S. (1928): "Zaniedbana dziedzina humanistyki. Znajomość języków i literatur iberyjskich za granicą a w Polsce", 3^a parte, "Polska a kultury iberyjskie", *Przegląd Współczesny*, num. 76, pp. 274-319.
- WYKA, J. (1984): *Zapisy na karteluskach (Z notatnika rewolucjonisty 1934-1940)*, Państwowy Instytut Wydawniczy, Warszawa.
- WYLEŻYŃSKA, A. (1933): *Z duszą Twoją na ramieniu. Listy z Hiszpanii z oryginałów wiernie przełożone*, Towarzystwo Wydawnicze "Bluszcz", Warszawa.
- ZEGADŁOWICZ, E. (1928): *Żywot Mikołaja Srebrmpisanego*, 2^a parte, *Z pod młyńskich kamieni*, Księgarnia św. Wojciecha, Poznań.
- ŻEROMSKI, S. (1996): *Popioły*, Ossolineum, Wrocław.